

Julio Sanjuán, *El mono que se enamoró de los símbolos*
Barcelona, 2025, Editorial Herder, 214 páginas, ISBN 978-84-254-3231-4

Camilo José Cela Conde

camilo.cela@uib.es

Profesor emérito de la Universidad de las Islas Baleares

Evitemos dar rodeos. *El mono que se enamoró de los símbolos* es un libro tan excelente como inquietante. Nos adentra por los caminos más tenebrosos y difíciles que existen: los de la manera como nuestro cerebro crea la percepción del mundo que tenemos a nuestro alcance. Fiel seguidor del paradigma evolutivo, Julio Sanjuán plantea los pasos de la filogénesis de nuestra especie indicando cómo en cada uno de ellos se añadieron los materiales sensibles que desembocan en la maraña de emociones, símbolos, sincronías, avances cognitivos y trastornos psíquicos que constituyen nuestra naturaleza como miembros de *Homo sapiens*.

El propio autor indica en el capítulo primero la forma como se desgana el proceso en el que, a lo largo de la evolución humana, tuvo lugar la emergencia del tipo de emociones que nos diferencia de los demás monos y simios.

En una primera etapa (que se desarrolla en el capítulo 2º) adquirimos, como vertebrados que somos, los estados emocionales básicos: el miedo, el placer y la agresividad que nos permiten sobrevivir. La segunda etapa (capítulo 3º), propia de nuestra condición de mamíferos, nos transforma en animales que, durante el largo periodo de crianza necesario para poder alcanzar la madurez, generan profundos vínculos familiares y sociales. En la tercera etapa (capítulo 4º) se alcanza, por medio del lenguaje, un tipo de pensamiento activador y modulador de emociones que nos permite alcanzar cotas de consciencia sólo humanas. Sin embargo, en la otra parte de la balanza, los trastornos del lenguaje-pensamiento nos hacen pagar el precio de la locura. En el transcurso de la cuarta etapa (capítulo 5º) alcanzamos la condición de primates capaces de apreciar los símbolos —entendidos en un sentido muy amplio. El autor relaciona tal avance con un cambio crucial en el curso de nuestra evolución: si el gran incremento de nuestra capacidad creativa da lugar a logros como el arte y la religión, también supone a la vez el origen de muchas de nuestras desdichas. En la quinta etapa (capítulo 6º) se produce la transformación de la humanidad, gracias a la Revolución Agrícola, desde los grupos de cazadores-recolectores a las comunidades, gigantescas, de agricultores y ganaderos. Se trata de un cambio social que aprovecha el instinto simbólico para adquirir las señales de identidad del grupo. De su mano llegan las diferencias sociales, la marginación del pensamiento divergente, los valores culturales que sirven para la expresión de las emociones y, ¡ay!,



Received: 20/12/2023. Final version: 29/12/2025

eISSN 0719-4242 – © 2025 Instituto de Filosofía, Universidad de Valparaíso

This article is distributed under the terms of the

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License



CC BY-NC-ND

la aparición de patologías al estilo de los trastornos de la alimentación y las adicciones. Por fin (capítulo séptimo y último), una etapa final que cuenta sólo con dos décadas de vida, la de la era digital, transforma nuestra forma de comunicarnos y de expresar nuestras emociones gracias a una herramienta como es la red de redes, internet.

El lector familiarizado con las propuestas evolutivas se dará cuenta pronto de que una estructura muy similar, a través de etapas que se suceden en el tiempo, se alcanzaría también por medio de un enfoque mucho más 'clásico': el de la evolución biológico-cultural. Los numerosos modelos de ese estilo que se han ofrecido por parte de no pocos autores del campo de la paleoantropología, la psicología o, en general, las ciencias que se ocupan de la evolución humana dan fe de ello. Pero la diferencia de *El mono que se enamoró de los símbolos* estriba en que el argumento tradicional de incremento en *feed back* del conjunto 'cambios metabólicos/aumento cerebral/logros culturales' se reemplaza por la idea de que son las transformaciones emocionales las que se encuentran en el origen —y en la consecuencia— de las etapas evolutivas. El conjunto mente-cerebro se considera aquí no como el motor de las respuestas adaptativas capaces de brindar la solución más racional a los problemas que plantea el entorno sino como la sede de una especie de caldo en ebullición de emociones que, cada vez que se alcanza un nuevo hito evolutivo, nos conduce tanto a un estadio de cognición superior como a los peligros de los trastornos mentales.

Dicho de esta manera, parecería que Julio Sanjuán apuesta por considerar la evolución de las capacidades emotivas de nuestro cerebro allí donde la mayoría de los autores se aferra a su progreso racional. Pero sería un error presentar una dicotomía así porque el autor, como buen conocedor de las tesis de Hanna y Antonio Damasio, sabe e indica que las redes neuronales conectan las zonas cerebrales relacionadas con el pensamiento racional —como la corteza frontal— con aquellas que modulan el comportamiento emotivo —al estilo de las subcorticales— de tal suerte que, si se interrumpe la conexión entre ellas, desaparece la capacidad de actuar de una forma digamos normal, es decir, propia de la actividad común de los miembros de nuestra especie.

Hace falta, sin embargo, matizar qué se entiende por 'comportamiento normal'. El capítulo segundo de este libro —cuando estamos, recuérdese, acercándonos a nuestra condición de vertebrados con determinadas emociones esenciales para nuestra supervivencia— contiene un apartado, "Sobre la agresividad", que incluye una historia espeluznante. El caso de un ciudadano austriaco que mantuvo encerrada a una de sus hijas durante 24 años violándola de continuo hasta el punto de que tuvo siete hijos con ella. Pues bien, el último párrafo del resumen de semejante espanto dice de manera textual: "Para asombro de la prensa y el público, el peritaje de varios psiquiatras forenses en este caso fue unánime: Josef Fritzl [el protagonista del secuestro y las violaciones] no sufría ni sufre ningún trastorno mental". Por si fuese necesario, Julio Sanjuán añade: "la mayoría de los asesinatos y crímenes más atroces, en ocasiones contra los propios hijos, como en el caso de Fritzl, son llevados a cabo por personas 'psicológicamente normales'" (pág. 64).

Traer a cuento esas ideas de normalidad, maldad, violencia, agresividad y locura unidas en una mezcla inquietante es necesario para entender cómo lleva a cabo el autor el desmenuzamiento de las etapas evolutivas. En cada una de ellas se manifiesta bien la doble condición de Julio Sanjuán como médico psiquiatra —fue coordinador de la Unidad de Primeros Episodios Psicóticos del Hospital Clínico Universitario de Valencia durante muchos años— y como científico evolutivo —autor o editor de numerosos libros que abordan la evolución humana. El contenido de *El mono que se enamoró de los símbolos* se desgrana ofreciéndonos casos en los que los pacientes afectados por un trastorno mental en particular —a menudo pacientes del propio Sanjuán— dan paso a interrogantes de altura. El autor los resuelve, advirtiéndonos que no existen soluciones ni terapias universales, por el procedimiento de acudir a la evolución humana y, en particular, a la forma como las emociones esenciales adquiridas en ese camino evolutivo conducen hacia una situación en la que los humanos nos movemos por el hilo muy delgado de la frontera que lleva a la locura. Dicho de otro modo, y de acuerdo con un esquema de Tim Crow tan antiguo como célebre, el lenguaje y la psicosis tienen un origen evolutivo compartido.

El libro de Julio Sanjuán se dedica a explicar de manera detallada la imbricación entre pasos evolutivos, desarrollo emocional, logros cognitivos y problemas psíquicos que aparece por el hecho de que somos vertebrados, mamíferos y simios pero, ¡ay!, peculiares. El lenguaje, las emociones prosociales, el amor hacia los símbolos y el inmenso desarrollo de una civilización que se ha vuelto global de la mano de internet forman un universo particular en el que, mal que bien, nos encontramos metidos sin saber con certeza de qué manera y hasta qué punto. Pero conviene tener en cuenta una advertencia. Los autores más relevantes del paradigma neodarwinista han explicado de manera convincente por qué motivo 'evolución' no significa 'progreso'. En un sentido estricto, la evolución se mide por los cambios genéticos que se producen en una población a lo largo de un determinado tiempo. Pero siempre que se proponen modelos evolutivos con diferentes estadios resulta inevitable dar por supuesto que el avance (en este caso de vertebrado a mamífero, simio y simio peculiar) viene acompañado por ciertas "mejoras" que en nuestro caso llevarían a formas más elaboradas de cognición. Por decirlo así, la percepción del mundo que crea nuestro cerebro sería más acorde con una supuesta "realidad exterior" que la que lograban los cerebros de los australopitecos. Julio Sanjuán, además de negar semejante concepto de progreso, se encarga de demoler un modelo tan simple recordando, sin más, la encuesta de Gallup realizada en los Estados Unidos sobre 2.500 participantes. Como recuerda el autor del libro "Según esta encuesta, el 90% de los ciudadanos de Estados Unidos cree en las medicinas alternativas, el 72% en la existencia de los ángeles y lo que es, para mí, más sorprendente, solo un 45% cree en la teoría de la evolución de Darwin" (página 153).

El mono que se enamoró de los símbolos es un libro cuya lectura es tan fácil como para lograr engañarnos. Pero con la particularidad de que no se trata de un texto científico —¿o sí?— ni tampoco de una obra de divulgación —¿o no?. Supone un conjunto de reflexiones que proceden de toda una larga vida de trabajo como psiquiatra unido a la teoría darwiniana y que se nos narran — cada capítulo se encarga de subrayarlo— desde un velero que, vaya por

dios, se llama *Darwin* y navega por medio de aguas tan difíciles como atractivas. Quien se complazca con las metáforas, ya tiene suficientes a su alcance.